

Biblioteca Pública y Formación

Para no perder el conocimiento

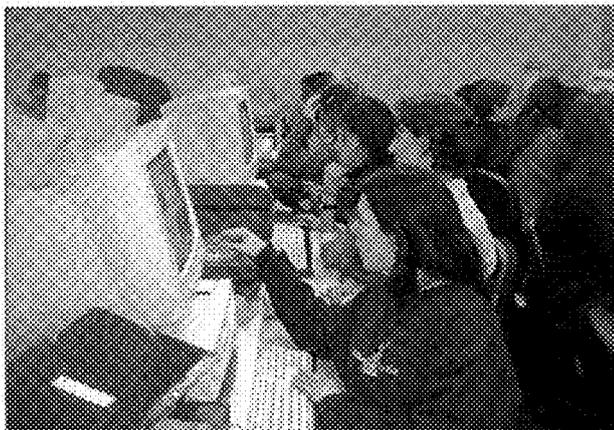
Como un Sísifo moderno, el hombre asciende la montaña llevando entre sus brazos el peso que le supone la obligada necesidad de resolver el problema de la constante actualización de sus conocimientos, ya que por propia naturaleza olvida una gran parte de lo que es su acervo cultural o masa cognoscitiva, de tal manera que, con el paso del tiempo, lo que fueron conocimientos básicos ruedan montaña abajo a instalarse en el terreno del olvido, o por decirlo en términos de hoy, tan difundidos en el dialecto tecnológico, buena parte de lo aprendido se *desinstala* automáticamente.

Adquirir conocimiento, elemento absolutamente necesario para la subsistencia, plantea un doble problema: el primero, citado con anterioridad, lo podríamos definir como la eliminación inconsciente del mismo; este proceso es consustancial a nuestra especie, tiene carácter positivo, y nos permite suplantar o eliminar algunas de las cosas que sabemos con el fin de dejar espacio a otras nuevas, quizá más actuales o de un uso más perentorio en la vida cotidiana de las personas. La segunda faceta del problema tiene carácter artificial y viene dada por el hecho del crecimiento exponencial al que últimamente se ve sometido el propio conocimiento, como resultado de tratarle como un bien a producir, como una manufactura y como un objeto de intercambio; de ahí la notable coincidencia de que sean precisamente los países más avanzados aquellos que a su vez generan más información y más conocimiento.

Puede servir, para ejemplificar esta realidad, precisamente que las grandes factorías de la producción automovilística no tengan ningún reparo en trasladar sus grandes cadenas productivas de un país a otro, en función del manejo comparativo de aquellas variables que directamente influyen en un menor coste por unidad del producto: mano de obra más barata, menor conflictividad sindical, mayor volumen de subvenciones estatales, inferior pago de impuestos... Sin embargo, estas mismas empresas son muy reti-

centes a trasladar los departamentos de investigación, la parte de la estructura que se ha dado en llamar I+D y que naturalmente son el origen de ideas y de proyectos que más tarde se convertirán en patentes y finalmente en *royalties*. Estos centros de decisión están habitualmente ubicados en el lugar de origen de la propia marca y hoy día son la base de una buena cuenta de resultados.

En el universo occidental las grandes cantidades de inversión dedicadas a la producción de conocimientos, bien sea a través de la línea estatal o de la privada, son la causa, para definirlo a grandes rasgos, de una especialización del conocimiento que a su vez obliga a las personas, ya que todos y cada uno de nosotros formamos parte de un universo laboral donde la competencia te sitúa rápidamente de depredador en depredado, a una permanente adaptación de los currículos académicos y vitales, lo que a su vez hace que formemos parte, unas veces como consumidores y otra como productores, de esa inmensa factoría mundial, vendida bajo el adjetivo de global, que transforma la información en conocimiento. Para dejar constancia de la importancia de esta industria utilicemos las palabras de Juan Luis Cebrián, en su libro *La Red*: "El volumen de publicaciones técnicas



y científicas que se produjo solamente en 1986 superó la producción de todos los profesores y sabios desde el origen de los tiempos hasta la II Guerra Mundial”.

¿Dónde se origina esta masa ingente de información? Las grandes instituciones dedicadas a la transformación de la información en conocimiento y viceversa, es decir, aquellas que dedican todos sus esfuerzos a formar a los ciudadanos, tienen un doble perfil: son por el lado de lo público las escuelas, colegios, institutos y universidades; por el lado de lo privado se ocupan de esta tarea los grandes centros de investigación y desarrollo que, absolutamente dependientes de empresas y multinacionales, generan información y posteriormente conocimiento sobre un determinado sector productivo. En realidad, la frontera entre lo público y lo privado es bastante difusa.

Así las cosas, y partiendo de la hipótesis de que cada segundo se están produciendo ingentes cantidades de información, y si para comprender esto mejor buscáramos una imagen visual que sintetizara esta idea, podría servirnos la más simple de las geometrías, una línea a la que constantemente por un extremo se van añadiendo porciones o puntos, correspondientes a las nuevas moléculas de conocimiento. En este caso deberíamos pensar que la línea tiende al infinito. Sin embargo, en la práctica, esto es mucho más complejo, la imagen debería mostrarnos los dos extremos de la línea, en uno de ellos se irían sumando partículas mientras que por el otro se irían desprendiendo, por el simple hecho de que cada vez que añadimos conocimiento invariablemente algo en el otro extremo se vuelve obsoleto.

La obsolescencia del conocimiento, a poco que la analicemos, es un hecho trascendental para la vida de las personas, para la de aquellas instituciones que de una forma u otra están ancladas a los vaivenes de la cadena del conocimiento, pública o privada, y desde

luego para una institución como la biblioteca, a la que no he nombrado hasta ahora, pero que se encuentra en el origen de esta leve reflexión.

En el caso de los programas educativos, todos estamos al tanto de las grandes dificultades que tienen la universidad y sus titulados en coger el hilo del mundo de la empresa. Con el fin de resolver este escabroso asunto, los Ministerios de Educación de todo occidente adaptan currículos, definen ciclos y aprueban leyes que por término medio tienen cada vez un periodo de vida más corto, siendo los resultados de todas estas modificaciones como mínimo dudosos.

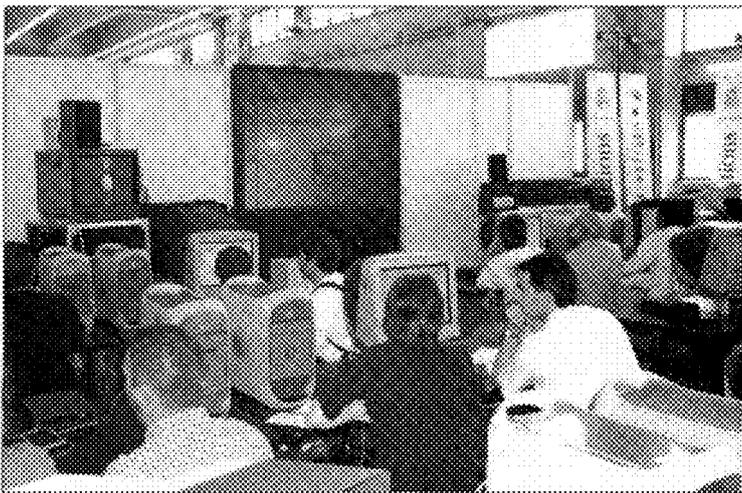
Convendría en este momento que hiciéramos un breve paréntesis y dejáramos claro que el hombre se encuentra siempre inmerso en un proceso formativo derivado del hecho de que su camino evolutivo lo ha realizado siempre acompañado de un sustantivo al que denominamos olvido, puesto que su cerebro no es un saco infinito, ni posee una capacidad memorística ilimitada; como en el caso de los modernos ordenadores nuestro disco duro, tiene una determinada capacidad y mas allá de la misma el sistema se colapsa.

La biblioteca pública debe actuar como memoria común recogiendo, conservando y permitiendo el acceso a todos los materiales que conforman la cultura universal, como forma primordial y básica de alimentar el pensamiento futuro, partiendo de los conocimientos aportados por las generaciones precedentes.

Dentro/fuera del sistema

Pero hay otro factor mucho más importante a tener en cuenta. El propio hecho de generar conocimiento crea una reacción de causa-efecto por la que se acelera a su vez la obsolescencia de aquel que ya poseíamos. Es decir, como en el caso del PC, no es sólo que no tengamos a nuestra disposición más que una determinada capacidad, más bien pequeña, si no que mucha de la información que guardamos en nuestro escaso disco duro hemos de proceder a tirarla a la papelera puesto que en realidad no sirve, es atrasada. Esto implica que debemos proceder a una revisión constante, cuyo objetivo final es establecer comparativamente el estado de actualidad de nuestros conocimientos con respecto a su referente a día de hoy, lo que hace que, al menos en teoría, nos coloquen la etiqueta de *dentro del sistema* o *fuera del sistema*.

En el caso de que la evaluación comparativa nos sitúe *fuera del sistema*, volviendo al ejemplo de la línea imaginaria del progreso cognoscitivo, nos dare-



mos cuenta de que cada persona, con la acumulación de conocimientos, se encuentra en un determinado y concreto punto de la misma y, por tanto, es obligatoriamente necesario actualizamos de forma periódica si no queremos que el extremo de la obsolescencia nos atrape con rapidez y al igual que sucede en alguno de los relatos de Stephen King, nos alcance la nada. Y este hecho que estamos tratando, de alguna manera, como poco menos que anecdótico, ha adquirido en nuestros días el carácter de categoría, debido a las implicaciones que se derivan para la vida del ciudadano de la propia pérdida de competitividad.

Así pues, estamos necesariamente obligados a subirnos al carro del conocimiento y a darle, cuando menos, una velocidad que nos permita alejarnos de las regiones peligrosas. La energía necesaria para conseguir este movimiento proviene del aprendizaje que, cada vez más, está considerado como un proceso constante y continuo adosado a nuestras vidas. Y aunque sea reiterativo esto sólo puede realizarse de una única forma, invirtiendo una parte muy importante de nuestras energías en la actualización de nuestros propios conocimientos, y una vez superadas las iniciales etapas formativas y, dado el vértigo de nuestro actual sistema de vida, sólo podremos formarnos pensando en realizar un aprendizaje autodidacta.

La biblioteca debe implicarse en la creación y difusión de procesos formativos, ya que son éstos los que, en un mundo de hipervaloración del conocimiento, disminuyen o eliminan los riesgos de exclusión social.

On line/off line

No es la primera vez que nuestra civilización ha invertido grandes cantidades de sus propias energías en la búsqueda de solución a todos aquellos problemas de carácter global que afectaban a la mayoría de los humanos. Por poner un ejemplo, durante la llamada revolución verde, acaecida a mediados del siglo pasado, se produjeron más alimentos que los exactamente necesarios para satisfacer las necesidades alimenticias de la humanidad. En este mismo espacio temporal, pese a la abundancia existente, murieron de hambre millones de personas. Puede inferirse que la producción, la abundancia de un determinado bien, no significa que todo el mundo pueda disponer de él: esto mismo está sucediendo con la información. Otra paradoja más del cruel liberalismo imperante.

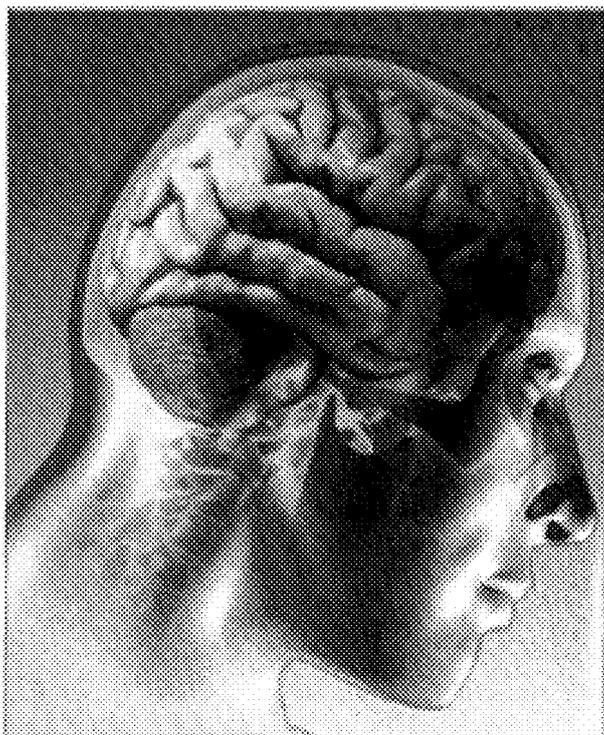
Creo que este símil se acomoda perfectamente bien al ámbito del conocimiento y, de idéntico modo,

a lo sucedido durante la revolución verde, se puede hablar de una civilización de la abundancia y plenitud en la creación y renovación del conocimiento, y de igual modo que lo sucedido en el ejemplo utilizado con anterioridad, su distribución no homogénea está creando una masa cada vez mayor de ciudadanos que no tienen acceso al mismo. Mientras que unos pocos pueden saciarse de este elemento, otros muchos están sumidos en la más absoluta de las carencias. Mientras unos pocos son capaces de seguir el ritmo de los tiempos, la gran mayoría se agolpa en el extremo de la línea que se desploma o desmorona debido a la acción de la provocada obsolescencia, pues ésta posee un movimiento siempre acelerado. Este hecho es cuanto menos preocupante.

Si centramos, por tanto, el origen del problema en la distribución del conocimiento fuera de los ámbitos de lo que podríamos llamar la enseñanza obligatoria y si vamos un poco más allá de la que podríamos llamar reglada, nos encontramos con que el único esfuerzo público por procurar un acercamiento al saber lo encontramos en la red de bibliotecas públicas. Reflexionemos con tranquilidad y tal vez podamos entender, en este momento, la magnitud del problema y encontrar la verdadera dimensión al hecho de comparar entre regiones los índices de lectura, de inversión de infraestructuras, de renovación de colecciones, y, por tanto, evaluar las consecuencias de los resultados obtenidos.

La conclusión de esta evaluación debería de ser que frente a las estructuras bibliotecarias fuertes los sistemas débiles no sólo ponen en evidencia la inferioridad de los valores, los indicadores y las medias analizadas sino la existencia de un profundo problema, que en primer término tiene que ver con un mal circuito de distribución del conocimiento y por concatenación con un empobrecimiento de la potencia formativa de los ciudadanos. Sin querer, en lugar de avance estamos hablando de retroceso, de involución. En poco años, Gutenberg amplió de forma exponencial la posibilidad de que cualquier persona se acercara al libro y con ello al torrente de saber propio de la época; actualmente hemos conseguido que un hemisferio tenga acceso a un conocimiento actualizado y especializado de forma automática e instantánea gracias a las características esenciales de las actuales tecnologías de la información y la comunicación. Mientras tanto, la otra mitad de nuestro planeta, la más poblada, prácticamente ni siquiera tiene acceso al universo de lo simbólico, por la razón de no tener resueltas una buena parte de sus necesidades primarias o vitales.

Dividir el mundo en un universo pobre y otro rico, en un mundo con acceso abierto al conocimiento y otro impermeable al mismo, supone romper de forma



unilateral la base sobre la que se ha sustentado la educación y la formación en la sociedad moderna, supone también eliminar la igualdad de oportunidades como base de cualquier sistema y por supuesto esta cuestión afecta de modo principal a la educación y la formación. Estamos debilitando el papel de colegios, institutos y universidades, el de empresas privadas, y por descontado el de otras instituciones como la biblioteca, normalmente débiles, pero hoy día absolutamente difuminadas, y, sin embargo, esta última debería jugar un papel fundamental en las relaciones entre el hombre y el aprendizaje, a tenor de la forma o formas que está tomando éste.

La biblioteca ha de formar parte activa de la red de difusión del conocimiento, cooperando con todas aquellas instituciones que le permitan optimizar el uso de los recursos disponibles.

La Unión

A muchas de las personas que hoy rocen la cuarentena les sonará una canción que lleva por título *Tren de largo recorrido*. En eso precisamente se ha convertido hoy la formación; un proceso permanente que prácticamente no tiene fin y cuyo convoy nunca tiene al alcance de su vista la estación de llegada.

Hoy día ya no podemos decir que existe una edad para aprender; los tradicionales años de aprendizaje no suponen más que la primera etapa de un ir apren-

diendo que dura toda la vida. Este aprendizaje constante con el que aliñamos el resto de las actividades de nuestra vida: el ocio, la cultura, lo social, lo laboral, sólo puede realizarse de forma individual, personal; por tanto parece razonable que frente a las viejas estrategias de clase-profesor, el aprendizaje continuo sea fundamentalmente autodidacta, basándose en la consolidación y validación de los conocimientos, en la búsqueda de las fuentes principales y en la pertinencia de las mismas; pues como resulta sencillo deducir tener acceso a más información no significa estar mejor informado. En muchas más ocasiones de lo deseado sucede justo lo contrario.

La biblioteca ha de convertirse en una herramienta de formación personal y de consolidación del conocimiento, cumpliendo un papel fundamental al posibilitar el acceso a las fuentes informativas, pero también en la difusión de aquellas estrategias que faciliten al lector la posibilidad de elegir entre todas ellas la más acertada a sus propósitos, la de más calidad o simplemente la más contrastada.

Creo que estas últimas frases resumen perfectamente cuál debe ser el papel de las bibliotecas en un entorno cada vez más complejo, como el circunscrito a la actual sociedad del conocimiento. No obstante, vamos a detenernos en analizar más profundamente algunos de estos aspectos, pues sin duda estas instituciones serán la clave que pueda permitir abrir la puerta por la que un elevado número de personas accedan o se reenganchen de nuevo al mundo del saber, de la información y del aprendizaje.

Hemos de señalar en primer lugar la naturaleza estanca de toda la etapa educativa, a la que podríamos tildar de:

- *Reduccionista*. Ya que la especialización del conocimiento ha provocado que sepamos mucho de poco.
- *Exigente*. El hecho del aumento sin precedentes del número de personas que accedieron a las etapas finales, ha supuesto que cada vez sea más difícil completar el ciclo educativo, y cuando esto se consigue es necesario obtener un plus de conocimiento mediante la realización de cursos especializados, en general al alcance de muy pocos.
- *Excluyente*. La eliminación gradual del principio de igualdad de oportunidades conlleva la imposibilidad de acceder a los estudios básicos a un buen número de nuevos alumnos, sobre todo en las etapas superiores, debido fundamentalmente a la cicatería de nuestros sistemas políticos a la hora

de incrementar las inversiones en educación.

Frente a la esclerosis que tradicionalmente se achaca al sistema educativo reglado, sujeto a cíclicas revisiones, la biblioteca es un complemento formativo mucho más abierto y flexible en el que todavía pervive el principio fundamental de igualdad de oportunidades y el compromiso, tan importante como el anterior, que rotundamente define que todos y cada uno de los servicios que la biblioteca ofrece han de estar obligatoriamente a disposición del conjunto de las personas que forman la comunidad global. En este caso hablar de biblioteca es redundar sustancialmente en el aprendizaje y la formación, pues incluso la más liviana de las lecturas o la más simple de las informaciones que se pone al alcance de los usuarios o lectores es una contribución al proceso de maduración de la persona que lo realiza, una parte más del elenco formativo que se añade a su personalidad.

En este sentido la biblioteca es un espacio desde el que propiciar, ampliar y potenciar la relación individuo-conocimiento, ciudadano-información, en cada una de las etapas en que se encuentra y atendiendo a las circunstancias del mismo.

A fuerza de ser realistas, y tratando de no difuminar nuestro verdadero papel, hemos de comprender que nuestro cometido en la formación ha de buscarse en la colateralidad, en la sintonía y en la creación de sinergias con:

- El apoyo a los programas educativos existentes aportando aquellos elementos que puedan propiciar la igualdad de acceso a todo tipo de información, desde los libros de texto, los materiales audiovisuales y las más modernas tecnologías.
- Apertura a programas de acción formativa que tengan como finalidad la creación y sostén de líneas de aprendizaje autodidacta en todas las etapas de la vida y para todas las personas, independientemente del currículo vital que cada uno posea.
- La detección de problemas formativos y educativos que puedan ser abordados de forma inmediata, ya sea en el entorno de una determinada comunidad o de espacios más amplios.

Como conclusión a las líneas definidas anteriormente y aplicable a todas ellas, hay que señalar que el papel formativo y educativo de la biblioteca actual no debe encontrarse tanto en la cantidad como en la calidad, no es cuestión de tener masa informativa, sino de enseñar a utilizar correctamente los medios para extraer la información pertinente, la que verda-

deramente posee peso específico frente a cualquier otra, y para conseguir esto es necesario poseer criterios sólidos y eficaces para aplicarlos a la búsqueda de la información.

Este es el guión que verdaderamente debe recitar la biblioteca: por una cara la biblioteca consume una gran parte de sus recursos profesionales en reunir información, en el reverso de la misma se enseña a utilizar los criterios válidos para sacar el máximo rendimiento a la misma.

La biblioteca ha de adaptarse a su contexto social y temporal, tratando de conocer las necesidades formativas de cada época, sabiendo cuál debe ser su aportación y apoyo, en sentido literal, a este hecho: somos una parte del problema y una parte de la solución; en ningún caso somos el todo ni de lo uno ni de lo otro.

No nos cansamos de definir a nuestra sociedad como un espacio dinámico y cambiante. Si estos atributos verdaderamente le corresponden hemos de pensar que con el paso de un determinado periodo de tiempo unos valores son transmutados por otros, los objetivos que han definido determinadas políticas son sustituidos y, por último, las necesidades e intereses de los grandes sectores de población varían en pequeños periodos temporales en todos los ámbitos de la vida humana incluido el formativo. Por tanto debemos acomodar el papel de la biblioteca a esta situación de inestabilidad epistemológica, en la que siempre será más útil poseer los criterios, directrices y pautas que nos ayuden a encontrar la información necesaria en función de la formación deseada, que la posesión de la misma. Después, es simplemente cuestión de transformarla en conocimiento. Lo importante es a qué y dónde agarrarse, cuál es el punto de partida. Lo ilustra perfectamente el poeta Pedro Salinas en los primeros versos de su libro *Presagios*: "Suelo. Nada más./ Suelo. Nada menos./ Y que te baste con eso".

Este artículo se lo dedico a todos aquellos que hacen de la avaricia su principal virtud, a todos los que matan, roban y saquean santificando el botín en nombre de lo más sucio de la conciencia humana.
NO A LA GUERRA. ☒

Joaquín Pinto Escribano
Subdirector del Centro de Desarrollo Sociocultural
Fundación Germán Sánchez Ruipérez
Peñaranda de Bracamonte
jpinto@fundaciongsr.es
